

## **Introducción**

### **El personaje del teatro clásico: eterno e inagotable**

Nos gustan los personajes clásicos. Son como reencontrarse con un viejo amigo que te cuenta de nuevo aquella historia que conoces pero que, con el paso del tiempo, con nuestro pasar por el tiempo, se va llenando de otros sentidos, de nuevos matices, de desconocidas ambigüedades. Y es que, siendo seres de ficción, los personajes nos «engañan», nos hacen creer que pertenecen a nuestro mundo —¿acaso no pertenecen con tanto derecho como cualquiera de nosotros?—. A veces, los conocemos de manera más profunda que a las personas de carne y hueso.

Si nuestras existencias y las de quienes nos rodean son muchas veces opacas, los personajes se nos muestran, nos dan la posibilidad de adentrarnos en sus vidas, tanto en sus facetas visibles como en las más recónditas. Los vemos actuar de cerca, escuchamos lo que opinan sobre sí mismos y sobre los demás, de cara al público y en la intimidad, detectamos cuando sus palabras se contradicen con sus acciones y, por ello a veces no nos fiamos de ellos, entendemos lo que confiesan y lo que no (se) confiesan, los comprendemos mejor de lo que son capaces de comprenderse a sí mismos. Incluso cuando nos resultan antipáticos sus vidas nos tranquilizan porque, como nos recuerda Forster (1995: 69), «nos hablan de una especie humana más comprensible y, por tanto, más manejable; nos ofrecen una ilusión de perspicacia y de poder».

Los personajes clásicos tienen la increíble capacidad de sorprendernos siempre: perduran siendo proteicos, y lo hacen a través de las diversas lecturas que nos suscitan, como individuos y como comunidad. Azorín lo sabía bien: «Nos vemos en los clásicos a nosotros mismos. Por eso los clásicos evolucionan según cambia y evoluciona la sensibilidad de las generaciones» (1998: 538). Tanto apego les tenemos que a veces sus

nombres pasan por un proceso de semantización y los rasgos a ellos asociados —el cúmulo de adjetivos que la tradición les ha atribuido— se utilizan para convertirlos en prototipos con los que medir a nuestros semejantes: aquel es un donjuán, esta una celestina. En otras ocasiones, adquieren un alto valor simbólico y sus historias, parte ya del imaginario colectivo, resultan indispensables para tratar de entender al mundo y al ser humano. Antígona, Fausto, Edipo, Hamlet, Electra, Quijote, Fedra, Segismundo... Se adaptan, llevan siglos haciéndolo, a nuestras necesidades intelectuales, éticas o sociales. Esa «adaptabilidad», de hecho, constituye su característica más poderosa (Resina, 1991: 29).

Si la cultura hispana ha sido tradicionalmente importante productora de mitos modernos —«la flor suprema de la imaginación ha de encontrarse en los mitos literarios, y que los más altos mitos literarios de los tiempos modernos son Don Quijote, Don Juan y Celestina, españoles los tres» dirá Ramiro de Maeztu, quizás con excesiva sentimiento de orgullo nacional (Maeztu, 1925:1)—, esta no ha sido siempre justa con sus personajes de la comedia nueva. Durante un tiempo, circuló en el ámbito académico la idea de que, frente a los personajes de Shakespeare o de Molière, los del teatro barroco español eran planos, sin dobleces ni fisuras ni claroscuros: los personajes isabelinos pensaban, reflexionaba, dudaban, eran seres complejos, y su mundo interior los hacía ideales para cientos de exégesis del más variado pelaje. Los personajes del teatro clásico español, en cambio, simplemente «hacían» cosas, y además, siempre las mismas, cual resortes disparados por el demiurgo. Ahora ya sabemos que los personajes de Lope, Tirso, Calderón o Moreto están tan «vivos» en escena —y fuera de ella— como pueden estarlo los de la tradición dramática inglesa o francesa. Y que el omnipresente canon anglosajón no ha jugado a favor de nuestros clásicos más carismáticos.

A ellos, y también a los clásicos grecolatinos, y a personajes que han dado el salto desde la novela a la escena o a los *mass media*, como el inefable Alonso Quijano, se dedican los doce trabajos que prosiguen a

continuación. Estos personajes intemporales, patrimonio universal, manantial inagotable para la creatividad contemporánea, merecían un monográfico destinado a su estudio. Y este número especial de *Anagnórisis* viene a cumplir con este objetivo, brindando un repaso a la vida de los personajes clásicos a lo largo de la historia teatral (con un excursus, también, dentro de la órbita del cine). Se abre el telón para todos los públicos de todos los tiempos. Aquel viejo amigo está a punto de entrar en escena, viene, una vez más, a estrecharnos la mano... Y a contarnos su historia.

**María Bastianes (University of Leeds)**  
**Purificació Mascarell (Universitat de València)**

### **BIBLIOGRAFÍA**

- AZORÍN, «Nuevo prefacio a *Lecturas españolas*», en *Obras escogidas*, vol. II, M. Lozano y Á. Marco (eds.), Madrid, Espasa, 1998.
- FORSTER, E. N., *Aspectos de la novela*, Madrid, Debate, 1995.
- MAEZTU, R. de, «En la barra», *El Sol*, 20 de octubre de 1925.
- RESINA, J. R., *Los usos del clásico*, Anthropos, Barcelona, 1991.